Intervención
Revista del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

ENTRE HILOS, NUDOS Y ABERTURAS: LA COMPLEJA TRAMA DE LA FACILITACIÓN DE PROCESOS COMUNITARIOS

Among threads, knots, and openings: the complex weave of community process facilitation.

Trinidad Cereceda-Lorca[1]
https://orcid.org/0009-0009-1721-7146

DOI: https://doi.org/10.53689/int.v15i1.283

Recibido: 18 de junio de 2025
Aceptado: 20 de julio de 2025

Resumen
Entiendo la facilitación de procesos comunitarios como una práctica situada, profundamente relacional, que exige sostener la incertidumbre, acoger la diversidad y escuchar aquello que ha sido históricamente silenciado. A través de las imágenes del proyecto "Sangre de mi sangre", intento pensar la facilitación como un arte textil: tejer con otros/as no para alcanzar un resultado cerrado, sino para habilitar espacios donde convivan singularidades y colectividades. Los nudos no son entendidos como errores, sino como tensiones creativas; las aberturas, posibilidad de aire, de nuevas voces. Facilitar, entonces, no es dirigir ni intervenir desde una pretendida neutralidad. Es ceder el lugar, reconocer los saberes que ya habitan el territorio, abrir espacio a los lenguajes que exceden la palabra –cuerpos, gestos, materialidades– y sostener la controversia sin clausurarla. En una época marcada por la fragmentación y la lógica del mercado, facilitar es también un acto político de recuperación de lo común, de reconstrucción del lazo. Este ensayo es un intento por visibilizar esa compleja trama: entre afectos, poder, escucha y creación colectiva. Porque lo que emerge del encuentro siempre desborda nuestras intenciones iniciales. Y porque facilitar, desde mi perspectiva, es tejer con cuidado los hilos de lo común, sabiendo que en cada nudo y en cada abertura se juega la posibilidad de otros mundos posibles.
Palabras clave: Facilitar, comunidad, participación, creación colectiva.

Abstract
I understand the facilitation of community processes as a situated, deeply relational practice that requires holding uncertainty, embracing diversity, and listening to what has been historically silenced. Through the images of the project *"Sangre de mi sangre"* (Blood of My Blood), I attempt to think of facilitation as a textile art: weaving with others not to reach a finished result, but to enable spaces where singularities and collectivities coexist. Knots are not seen as mistakes, but as creative tensions; openings, as spaces for air, for new voices. To facilitate, then, is not to lead or intervene from a supposed neutrality. It is to step aside, to recognize the knowledge already present in the territory, to

[1] Socióloga. Centro de Derechos Humanos, Universidad Alberto Hurtado. E-mail: trini.cereceda92@gmail.com

Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative CommonsAtribución No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

open space for languages that go beyond words — bodies, gestures, materialities — and to hold controversy without shutting it down. In a time marked by fragmentation and market logic, facilitation is also a political act of recovering the commons, of rebuilding the social fabric. This essay is an attempt to make that complex weave visible: between affections, power, listening, and collective creation. Because what emerges from the encounter always exceeds our initial intentions. And because to facilitate, from my perspective, is to carefully weave the threads of the commons, knowing that in each knot and in each opening lies the possibility of other possible worlds.

Key words: Facilitate, community, participation, collective creation.

Cómo citar
Cereceda-Lorca, T. (2025). Entre hilos, nudos y aberturas: la compleja trama de la facilitación de procesos comunitarios. *Intervención, 15*(1), 176-183.

1. Introducción

Al hablar de la facilitación de procesos comunitarios, nos situamos inevitablemente en un terreno imbricado, donde lo metodológico se entrelaza con lo ético, lo político y lo afectivo. No se trata, como podría pensarse desde una mirada exclusivamente técnica, de una mera gestión de dinámicas participativas o de una administración del tiempo y los recursos en un grupo para alcanzar un objetivo común. Facilitar es, en su sentido más profundo, una práctica relacional que convoca a sostener la incertidumbre, a acoger la diversidad, a permitirle la voz a lo que muchas veces ha sido excluido de los espacios formales de intervención. Esta reflexión propone una aproximación a esa compleja trama, entendiendo la facilitación no como una acción neutral, sino como un acto situado que implica decisiones, posicionamientos y una disposición constante al encuentro con lo inesperado.
Para explorarla, recurro a una serie de imágenes del proyecto “Sangre de mi sangre”, desarrollado por el ex Programa de Memoria y Derechos Humanos de la Universidad Alberto Hurtado (en adelante UAH), el año 2022, en el cual se invitó a diversas personas y colectivos a tejer conjuntamente como forma de denuncia frente a las violencias de género. Este gesto textil, aparentemente simple, nos permite profundizar en esa trama donde los cuerpos, las memorias, los lenguajes y las materialidades se entrelazan, haciendo visible aquello que muchas veces permanece oculto en los procesos de intervención. En estas imágenes, los rostros, las manos, los silencios y los gestos nos hablan de otros modos de narrar, de construir comunidad, de participar, de dar forma a algo colectivo.
A lo largo de este ensayo, propongo mirar la facilitación como un arte que, lejos de centrarse en el control o en la eficiencia, se vincula con la posibilidad de abrir espacios de creación colectiva, donde la palabra y el silencio, la voz y el gesto, la estructura y la espontaneidad, puedan convivir en una tensión fecunda. Así, la metáfora del tejido no es casual. Como veremos, los procesos comunitarios serán entendidos como tramas donde conviven singularidades y colectividades, donde los nudos no son errores sino puntos de tensión creativa, y donde las aberturas permiten que circule el aire necesario para que la vida comunitaria se exprese y se mantenga siempre inacabada. Facilitar estos procesos implica, entonces, no solo aprender a tejer con otros/as, sino también reconocer cuándo es momento de soltar para que cada hilo encuentre su propio curso. De esta manera, la facilitación puede entenderse como el tejido de un manto –no solo literal, sino simbólico– que acoge las experiencias propias de cada participante respetando sus texturas, y a la vez posibilita un relato común, sin anular las diferencias ni los disensos.

Facilitar, desde esta perspectiva, es también un modo de habitar la intervención social desde el reconocimiento del otro, desde la escucha atenta y desde la convicción de que todo proceso participativo, con intencionalidad ética, política y afectiva, puede constituirse como una nueva posibilidad para imaginar y construir otros mundos posibles.

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

2. Tejer el encuentro: la potencia de lo incierto

Como ya anunciaba en la introducción, para profundizar sobre el rol de la facilitación en procesos comunitarios, he tomado prestadas algunas fotografías de un proyecto desarrollado por el ex Programa de Memoria y Derechos Humanos de la UAH. En dicho proyecto, se convocó a tejedoras, bordadoras, trabajadores/as y estudiantes de la UAH y otras universidades, colectivos de derechos humanos y redes de mujeres, a reunirse para tejer un manto rojo como forma de denuncia contra las violencias de género (Centro de Derechos Humanos UAH [CDH], s/f). Un gesto que, como veremos, trasciende una simple actividad manual para convertirse en metáfora viva de lo que significa facilitar procesos comunitarios. Las fotografías son utilizadas aquí para reconstruir historias alternativas (Rivera, 2015), que sugieran tanto significados plurales en torno a la experiencia vivida, como una posibilidad de reconstrucción analítica que acuda al recurso visual para ilustrar procesos de intervención social.



Imagen 1. Fuente: CDH, 4 de junio 2023.

En esta primera fotografía que presento, observamos un grupo de participantes sentados/as en un semicírculo, en un espacio abierto. Manos que se mueven con ritmos distintos, personas de diferentes edades y géneros, atentas a su propio tejido. Algunos rostros reflejan concentración, otros muestran gestos de diálogo e intercambio, pero todos/as comparten el mismo espacio y propósito. En la fotografía no hay jerarquías visibles, no se logra distinguir entre quién o quiénes hicieron posible esa instancia, quién enseña y quién aprende, quién llevó los hilos, o cuál será la forma que adoptará esta práctica colectiva. Tal como señala Carballeda (2016), la imagen "indica algo que más tarde va a ser decodificado" (p.1). Precisamente uno de los elementos que hace significativa esta imagen es aquello que no muestra, es la incertidumbre creativa que representa: no vemos el resultado final del manto, sino el proceso de su creación. Esta característica nos permite comprender que, un aspecto esencial de los procesos participativos y del rol de la facilitación es justamente la apertura a lo emergente e inesperado, a aquello nuevo que puede emerger del diálogo, la co-creación y el encuentro entre singularidades. Porque facilitar no consiste en dirigir hacia un destino prefigurado, sino en generar las condiciones para que la creatividad individual y colectiva pueda desplegarse en toda su potencia.

A medida que observamos cómo el proceso participativo avanza, se produce un fenómeno particularmente relevante: el progresivo desplazamiento del protagonismo de quien facilita. Así, uno de los desafíos importantes que tiene el/la facilitador/a es que las personas comiencen a apropiarse del espacio y del proceso, aportando desde sus propios saberes, experiencias y capacidades a la construcción colectiva. Dicho de otro modo, que los intercambios, el diálogo, la colaboración y la co-creación que van emergiendo entre los/as participantes durante el proceso, adquieran progresivamente una mayor autonomía prescindiendo de la mediación. Quien facilita, entonces, va retrocediendo estratégicamente, cediendo espacio para que el protagonismo colectivo pueda desplegarse, como una pieza que se retira una vez que la estructura puede sostenerse por sí misma, pues su valor no reside en resaltar como figura central, sino en movilizar procesos que permitan a

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

las personas reconocer y activar sus propias capacidades creadoras y transformadoras, tanto individuales como colectivas. Así, el arte de la facilitación consiste, en gran medida, en saber desaparecer oportunamente para que emerjan las voces otras (Ribeiro, 2020), para que cada hilo encuentre su propio curso.

Cabe precisar que, el rol de quien facilita no es "crear" el colectivo –que a menudo ya existe con sus propias texturas, dinámicas y trayectorias– sino de reconocer y potenciar sus capacidades de reflexión, escucha, diálogo y acción colectiva en miras de objetivos comunes. La facilitación se convierte así en un acto de reconocimiento antes que de construcción, una práctica de escucha antes que de dirección. Sin embargo, esta aparente horizontalidad no debe ocultar el desafío que implica facilitar. Porque en todo proceso comunitario existen jerarquías, relaciones de poder, dinámicas que pueden silenciar ciertas voces mientras amplifican otras. La facilitación exige, entonces, una vigilancia constante sobre estos desequilibrios, una disposición a incomodar cuando sea necesario, a interrumpir cuando ciertos saberes amenacen con imponerse sobre otros. Como sugiere Foucault (1979), se trata de poner en tensión las relaciones de poder existentes, no para negarlas o eliminarlas sino para crear condiciones más democráticas de encuentro donde los diversos saberes puedan circular y dialogar en igualdad de condiciones.

3. Más allá de la palabra: lenguajes, cuerpos y materialidades

La implementación de metodologías participativas constituye uno de los ejes centrales de la facilitación, pero estas no surgen de manera espontánea ni azarosa, sino que requieren una cuidadosa planificación que contempla tanto los objetivos del proceso como las características particulares del problema que se busca abordar, de quienes participan y de sus territorios (Hernández, 2020). El diseño de instancias de encuentro y participación demanda, por tanto, un equilibrio entre estructura y flexibilidad, entre lo planificado y lo contingente, entre el conocimiento científico y los saberes experienciales, configurando espacios intersubjetivos que, aunque pensados con anterioridad, permanecen siempre abiertos al cambio. Esta labor implica la socialización de conocimientos técnicos y metodológicos que, en lugar de constituirse como capital exclusivo del facilitador/a, se transforman en herramientas de uso común, en algo que se puede tejer con las manos.

Me quiero detener un momento en este punto y traer a la reflexión una cita de Carballeda (2016), que señala que "escuchar, en términos de intervención, implica acceder a un proceso de comprensión y explicación que intenta organizar los sentidos, pautas, códigos, implicancias, y perspectivas de quien está hablando" (p.2). En este contexto, señala el autor, las palabras se enlazan con el contexto, el territorio y el escenario de la intervención. Asimismo, Bruner (como se citó en Andrews, 2007), plantea que las narrativas son el único medio que tenemos para organizar nuestros recuerdos, para estructurar y describir nuestra experiencia, nuestro tiempo vivido. Sin embargo, lo que aquí sostengo es que narrativa no es sinónimo de palabra. La reconstrucción de experiencias y sentidos, así como el diálogo intersubjetivo, trascienden lo verbal. Precisamente, en las fotografías analizadas, el acto de tejer colectivamente representa una forma alternativa de diálogo que va más allá de las palabras.

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183



Imagen 2. Fuente: CDH, 4 de junio 2023.

Las manos que se mueven, los cuerpos que se expresan, los hilos que se cruzan, la textura que se crea al entrelazar las hebras nos invitan a comprender que el diálogo no solo acontece en el plano de lo verbal. No es que las palabras carezcan de importancia, sino que su hegemonía como forma predilecta de expresión y encuentro en los procesos interventivos e investigativos, puede obturar otras formas de reconstrucción narrativa, privilegiando ciertos modos expresivos por sobre otros que poseen una riqueza propia y distintiva. Como señala Hernández (2020), quien facilita debe tener la "capacidad de escucha de lenguajes no verbales" (p.8) y, para ello, es importante considerar que éstos no son simples sustitutos o complementos de la palabra, sino que constituyen vías alternativas de expresión que otorgan nuevas posibilidades para la construcción de sentido individual y colectivo. Más aún si consideramos que la capacidad de articular discursos y/o de manejar ciertos códigos lingüísticos, se constituye como un capital que distribuye desigualmente las posibilidades de participación de las personas. Por ello, la facilitación requiere contar con un amplio repertorio de metodologías y artefactos que permita acceder a dimensiones de la experiencia que no siempre encuentran en el lenguaje verbal su canal óptimo de manifestación. Así, la materialidad puede ser una gran aliada en los procesos participativos como una manera de acoger narrativas que se manifiestan en gestos, silencios, fotografías, dibujos, textiles, etc.

La materialidad puede contribuir a incorporar al proceso dimensiones lúdicas, a fortalecer vínculos y generar espacios de confianza, a integrar la corporalidad a la experiencia reflexiva y, en última instancia, a aproximarse a los procesos subjetivos e intersubjetivos desde diferentes lenguajes y formas. No obstante, esta apertura a múltiples lenguajes no debe hacernos perder de vista que facilitar también implica seleccionar, jerarquizar, decidir qué merece atención. Así, al iluminar ciertos aspectos de las narrativas, inevitablemente relegaremos otros a las sombras. Esta selectividad no es neutra, sino que está fuertemente influenciada por los criterios o marcos interpretativos de quien facilita. Aquello que es considerado como una "narrativa válida" o una "experiencia pertinente" para el proceso está filtrado por las concepciones, valores y expectativas de quien facilita. Hernández (2020), señalará que esta selectividad está teñida de ideología, la cual opera desde la definición misma de lo que es un problema susceptible de intervenir/investigar. Esta posición de poder en la configuración del espacio dialógico e interventivo exige una conciencia crítica sobre el lugar de quien facilita y las consecuencias de sus decisiones. En este sentido, no se trata solamente de un asunto técnico o metodológico, sino de una responsabilidad ética hacia ese Otro –individual o colectivo– que participa del proceso no solo con sus ideas, sino también con sus memorias, dolores y deseos.
Tal como nos invita a reflexionar Carballeda (2016), en su texto sobre el proceso de escucha, y también Andrews (2007), en su artículo sobre el lugar de la escucha en la Comisión de Verdad y Reconciliación Sudafricana, la persona que facilita o, incluso, el diseño del proceso mismo puede contribuir a la validación y reconocimiento del Otro, o bien, a su deslegitimación, silenciamiento y negación. De ahí la importancia de mantener una perspectiva de autovigilancia crítica, una disposición constante a interrogar nuestras propias prácticas, a examinar los efectos no buscados de nuestras intervenciones. Solo así podemos aspirar a co-construir espacios donde las diversas formas de experimentar el mundo encuentren condiciones para su legítima expresión y donde las diferencias sean valoradas en su singularidad antes que homogeneizadas en función de objetivos preestablecidos.

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

4. Nudos y tensiones: la controversia como posibilidad



Imagen 3. Fuente: CDH, 8 de marzo 2023.

Esta tercera fotografía nos revela algo que las anteriores apenas sugerían: el resultado del proceso. Observamos un manto rojo que, a través de sus aberturas, permite entrever las individualidades que lo tejieron, los cuerpos que lo sostienen. Esta imagen nos recuerda que lo colectivo no debe anular lo singular, que la construcción común puede y debe resguardar las experiencias particulares que la constituyen. Haciendo eco de las reflexiones que propone Andrews (2007), en torno al funcionamiento de las Comisiones de Verdad, cabe pensar que uno de los desafíos clave de los procesos de facilitación es no diluir las experiencias sentidas de los/as participantes en miras de la construcción de una narración colectiva. Así pues, resulta esencial que los/as facilitadores/as sean capaces de velar por que las singularidades de cada experiencia, de cada historia, permanezcan y no se desdibujen en el relato plural.

Además, en la compleja trama de los procesos participativos, la metáfora de nudos y agujeros nos lleva a reflexionar sobre un aspecto ineludible: su dimensión controversial. Si bien Magendzo y Bermúdez (2017), desarrollan esta perspectiva en el marco de la educación en derechos humanos, aquí tomaré su enfoque para referirme a la naturaleza controversial inherente a los procesos participativos. Así, los espacios de diálogo en estos procesos no siempre ocurren en contextos de armonía, cooperación y consenso inmediato; por el contrario, son instancias donde entran en tensión diversas memorias, afectos y visiones de mundo que movilizan la vida presente y futura de quienes participan. A esto se suma la complejidad del contexto en el que estos procesos se desarrollan. Como señala Carballeda (2016), el sistema neoliberal trae consigo importantes desafíos para estos procesos, pues asistimos a un tiempo en que,

> el encuentro, la construcción de lazos sociales y la pertenencia se tornaron furtivos y dificultosos, atravesadas por la incertidumbre y la lógica de mercado. Mientras que el desencanto construyó nuevas formas de vida cotidiana, la ausencia de lazo social, su fragmentación o enfriamiento obturaron la palabra y el sentido (p.4).

En este escenario, facilitar procesos comunitarios implica navegar no solo las tensiones internas de cada grupo, sino también las fuerzas externas que constantemente amenazan con fragmentar los vínculos, con imponer lógicas individualistas sobre experiencias colectivas, con mercantilizar formas de encuentro que requieren otros ritmos, otras economías afectivas.

Tal vez, la tentación más grande sea interpretar estos conflictos como obstáculos que deben ser rápidamente controlados, solucionados o removidos para que el proceso pueda "avanzar". No obstante, la metáfora del tejido sugiere otra posibilidad: una trama que no oculta sus imperfecciones, sino que las integra como parte de su textura. Así pues, los nudos no se constituyen como errores, sino como puntos de tensión creativa donde el tejido adquiere densidad y resistencia. Así como en el tejido los nudos proporcionan estructura y sostén, en los procesos comunitarios las tensiones pueden convertirse en oportunidades para profundizar la reflexión, para interrogar lo que se está construyendo, o para resignificar y transformar las comprensiones iniciales que se tenían sobre algún tema. Facilitar requiere, entonces, desarrollar capacidades para habitar e integrar el conflicto, para transformar la controversia en energía creativa, pues las tensiones que existen dentro de las comunidades o que emergen en relación con las temáticas abordadas, no deben interpretarse como obstáculos al proceso, sino como elementos constitutivos del mismo.

Intervención
Revista del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

Esto implica cultivar la habilidad de tomar distancia, de observar críticamente lo que se está construyendo, de admirar su complejidad sin pretender resolverla prematuramente, de interrogarla desde diversas perspectivas y, cuando sea necesario, promover su transformación. Esta capacidad de tomar distancia es también un ejercicio al que se debe invitar constantemente a los/as participantes, creando momentos donde puedan observar su propia experiencia y lo que ha ido resultando del proceso participativo. Una manera de facilitar dicho ejercicio es establecer hitos durante el proceso donde el/la facilitador/a pueda compartir avances, devolver datos agregados y mostrar resultados parciales que permitan a los/as participantes no solo reconocer cómo su experiencia individual se articula con otras o reflexionar activamente sobre las tensiones y desafíos inherentes al proceso, sino que también co-construir nuevos cursos de acción para el proceso, transformando así la controversia en oportunidades para el aprendizaje colectivo. Asimismo, dicho ejercicio de distanciamiento puede favorecer la emergencia de nuevas comprensiones compartidas y, en la medida que los/as participantes se reconocen como sujetos/as activos/as en el proceso, fortalecer la apropiación y sentido de pertenencia para con éste. Esta mirada contemplativa y a la vez crítica nos permite reconocer que la dimensión controversial lejos de ser un elemento disruptivo que debe ser eliminado, se configura como un catalizador esencial para el enriquecimiento y la legitimidad de cualquier proceso participativo.



Imagen 4. Fuente: CDH, s/f.

5. Ideas finales

Las imágenes que he propuesto para esta reflexión nos ofrecen una potente metáfora de lo que implica facilitar procesos comunitarios. No se trata de buscar la creación de una obra acabada, uniforme o perfectamente cerrada; al contrario, da cuenta de un proceso constituido por hilos entrelazados, que hace visible las manos de quienes lo tejieron, las tensiones que lo recorren y las aberturas que aún lo atraviesan. Así también son los procesos participativos en la intervención social: inacabados, imperfectos, marcados por las huellas de quienes los habitan. En ellos, el rol de quien facilita no consiste en ocultar los nudos ni corregir los agujeros, sino en reconocerlos como parte constitutiva de la trama. Porque cada nudo habla de un conflicto afrontado, de una pregunta sin resolver, de una diferencia sostenida sin requerir ser anulada. Y cada apertura permite el paso de nuevas voces, de otras miradas, de futuros aún no escritos.

Como señalaba al inicio, facilitar, desde esta perspectiva, trasciende la mera aplicación de metodologías o administración de procesos. Es asumir una posición de responsabilidad frente a lo común, sostener el espacio para que lo colectivo emerja sin imponerle una forma predefinida. Es reconocer que toda intervención está atravesada por relaciones de poder, por historias previas, por expectativas, deseos, afectos y resistencias. Y que, en ese complejo entramado, nuestra tarea no es guiar hacia una verdad, sino habilitar condiciones para que las personas puedan reconocerse como sujetas activas de transformación, desde sus propias experiencias, saberes, lenguajes y afectividades. Facilitar, se revela entonces como un ejercicio constante de autovigilancia crítica, de

ISSN: 2452-4751
Volumen 15 N°1, 2025, pp. 176-183

escucha abierta y de retirada oportuna. Es también un arte de equilibrios: entre estructura y flexibilidad, entre planificación y emergencia, entre consenso y disenso, entre lo individual y lo colectivo. Un arte que, como el tejido mismo, requiere paciencia, sensibilidad para reconocer los ritmos propios de cada proceso y, sobre todo, la humildad de reconocer que el resultado final siempre excederá las intenciones iniciales, que lo que emerge del encuentro será siempre más rico y complejo que lo que cualquier facilitador/a podría haber imaginado.

En definitiva, en este ensayo he intentado dar cuenta de la facilitación como una práctica ética, política y afectiva, que permite habilitar procesos donde lo individual y lo colectivo puedan desplegarse con autonomía, creatividad y sentido. Esto supone, a su vez, un compromiso con la recuperación de lo común, con la democratización de los vínculos, de los saberes y de la participación. En este gesto se juega la posibilidad de construir espacios inclusivos, donde la escucha, el diálogo, la controversia y la participación se encarnen no solo como método, sino como forma de vida en común. Así, los procesos participativos se vuelven también ensayos de otras formas de habitar lo social, donde se pueden practicar relaciones basadas en el reconocimiento, la validación y la redistribución del valor de los saberes y experiencias. Por ello, facilitar no es dirigir ni resolver, sino tejer con cuidado y convicción los hilos de lo común, sabiendo que, en cada nudo y en cada abertura, se juega la posibilidad de abrir pequeños agujeros en los entramados de la exclusión social y de construir formas más justas de habitar lo social.

Referencias

Andrews, M. (2007). "Pero si no he acabado... tengo más que contar": las limitaciones de las narraciones estructuradas de los testimonios públicos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (4), 147-159.

Carballeda, A. (2016). La escucha como un proceso.Una perspectiva desde la intervención social. *Revista de Políticas Sociales* (3):103-6.

Centro de Derechos Humanos UAH (2023, 8 marzo). Fotografía [Instagram]. Recuperado de https://www.instagram.com/p/Cpie1IPOZUe/?img_index=1&igsh=Z2I5MGQ0amM0MmII

Centro de Derechos Humanos UAH [CDH] (2023, 4 de junio). Fotografía [Instagram]. Recuperado de https://www.instagram.com/p/CtFw-xoO2u1/?img_index=2&igsh=MTZ4dWZucTZpb2RxYg%3D%3D

Centro de Derechos Humanos UAH (s/f). *Acciones textiles "Sangre de mi sangre" Colectiva Hilos.* Recuperado de https://www.memoriayderechoshumanosuah.org/28740-2/

Foucault, M. (1979). Microfísica del poder. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.

Hernández, L. (2020). *Antes de empezar* . Madrid: CIMAS.

Magendzo, A., y Bermúdez, Á. (2017). Pensando la educación en derechos humanos desde una mirada ética y controversial. *Revista latinoamericana de derechos humanos, 28*(2), 17-34.

Ribeiro, D. (2020). *Feminismos plurales*. Ediciones Ambulantes. Madrid.

Rivera, S. (2015). *Sociología de la imagen Miradas ch'ixi desde la historia andina.* Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones.